

India, China y América

P/11

Por Sebastián Salazar Bondy



ojo: falta arte azteca

El arte de la India, como el de casi todos los pueblos del Oriente, está vinculado a la religión. Cuando el auge del brahmanismo, florece la escultura directa en la roca, tendencia de formas abigarradas como la naturaleza misma del país. El budismo inspira la creación de las *stupas* (cupulillas a ras del suelo), *viharas* (celdas destinadas a la meditación del monje que cuida la stupa), el *sangharama* (especie de convento) y las *goluras* (grandes templos con profusa decoración). Las construcciones monumentales coinciden con la conjugación de la religión tradicional y la de Buda, época considerada de verdadero esplendor artístico, que da origen al arte de Cambodge. En general, el estilo hindú es un vibrante, rico y desbordado expresionismo, correlativo, como es lógico, con el medio y la espiritualidad de sus habitantes.

Al arte de Oriente habría que unir, tanto por semejanzas cronológicas cuanto por similitudes de concepción y realización, en contraposición con Occidente, el de los primitivos americanos, especialmente el que crearon las culturas que se dieron en el Perú y México. Arquitectura monumental —como la de las pirámides aztecas y mayas o la de Macchu Pichu— cerámica de bellísima calidad, arte textil de notable entereza, orfebrería fastuosa y refinada, etc., se produjeron en ambos territorios de la actual América Latina. Sin embargo, por la particular vinculación que ese arte tiene con nuestro pasado y nuestro presente, ello merece un curso aparte. Digamos simplemente que en la historia del arte universal no se puede prescindir hoy de la gran contribución americana, aún por agotar en el estudio.

En cuanto a la China, es la serenidad meditativa la que preside el acto creador de los artistas. La Dinastía Tang (que va del 618 al 907) ve el momento de más alto desarrollo estético, pues de esta época procede la escultura (los budas que tantas veces vemos chabacanamente reproducidos en la industria moderna). Con respecto a la pintura, los chinos se singularizan porque la consideran una parte de la filosofía: el artista necesita del rigor mental, con el objeto de dirigir su imaginación hacia el análisis profundo de la naturaleza. Cada color tiene, por sí, un significado y una aplicación, y cada cosa una faz invariable. A diferencia de lo que piensan los occidentales, la originalidad consiste en ceñirse estrictamente a normas fijas y lograr la belleza a pesar de tales limitaciones. Paisajistas sin pareja, los chinos conquistaron una manera inconfundible, poética, de ver el mundo, y con finísimos pinceles, tintas tenues, papeles delicados y movimientos de minuciosa precisión han conservado hasta nuestros días su técnica pictórica, tesoro inseparable de cultura.